

El eco de los muros blancos: 60 años habitando un sueño

Manuel Ávila* |

* Director del Área de Industria Inteligente, programa de Ingeniería Industrial, de la Universidad Central. Ingeniero industrial con especialización en gerencia de proyectos y magister en gestión logística integral y comercio internacional en la Universidad Camilo José Cela de Madrid (España).
Correo: havilas@ucentral.edu.co

Hoy me detengo frente al umbral de mi *alma mater* y no veo solo una institución: veo un espejo cronológico. En el reflejo conviven dos hombres: el joven que cruzó estas puertas con más incertidumbres que certezas y el profesional que hoy tiene el honor de dirigir el programa de Ingeniería Industrial. Celebrar los 60 años de la Universidad Central es, para mí, celebrar la cartografía de una vida que se transformó entre sus aulas.

La audacia del abismo

A los dieciocho años, la perspectiva es un lujo que no te puedes permitir: solo tienes el impulso. Recuerdo aquel momento como un salto al vacío con los ojos cerrados. Sin un análisis financiero riguroso, pero con una fe inquebrantable, firmé un compromiso con el Icetex que era, en esencia, una apuesta por mi propio futuro. Me trasladé a Bogotá, una ciudad desconocida y fría que me recibió con el desafío de la supervivencia: trabajar para sostenerme y estudiar para trascender.

A los jóvenes que hoy dudan, les digo: la estrategia es valiosa, pero la esperanza es el motor que permite recorrer el primer kilómetro. Llegué sin contactos, pero con la alegría de saber que ya no era un espectador de mi destino, sino su arquitecto. En la Universidad Central aprendí que los grandes beneficios no siempre son visibles al inicio del camino; se revelan a medida que los pies se fortalecen al andar.

El tejido de lo invisible: amistad y vocación

Dicen que la universidad es una fábrica de profesionales, pero la nuestra es, sobre todo, una forja de seres humanos. En estos corredores

blancos, que guardan el murmullo de tantas generaciones, tejí una red de afectos que hoy son mi capital más sagrado. He aprendido que un título te abre puertas, pero una amistad genuina te sostiene cuando esas mismas puertas parecen cerrarse.

Y en medio de ese torbellino de juventud ocurrió lo inevitable: me enamoré. No solo de las personas que marcaron mi historia personal, sino de algo más profundo: mi vocación. Descubrí que la ingeniería no era solo optimizar procesos o calcular rentabilidades; era una herramienta de transformación social. Entendí que la verdadera competitividad nace de la excelencia humana y que un ingeniero industrial es, en esencia, un tejedor de realidades más justas y productivas.

Las cinco miradas de una transformación

Mi paso por estas aulas no fue un proceso lineal, sino una expansión en múltiples dimensiones que hoy defino a través de estas cinco miradas:

Mirada de la experiencia social (el capital de los afectos): El humanismo en la Central no es una teoría, es una vivencia que se impregna en la piel. Alguien me dijo una vez: “Valen más los amigos que la plata”, y el tiempo ha transformado esa frase en una verdad irrefutable. En estos pasillos comprendí que la red de contactos no es una lista de conveniencias, sino el capital social con el cual sostenemos nuestros sueños. Son esas amistades genuinas las que ofrecen el valor emocional irremplazable para reír en el acierto y levantarse en el error, y las que funcionan como la brújula necesaria para crecer no solo como expertos, sino como seres integrales.

Mirada de la apropiación del conocimiento (la curiosidad insaciable): Descubrí una paradoja liberadora: cuanto más estudiaba, más consciente era de mi propia ignorancia. No por falta de capacidad, sino porque comprendí que el conocimiento es un océano plural en el que conviven el rigor estructurado de la ciencia y la sensibilidad de lo social. Esto despertó en mí una curiosidad que hoy marca mi diferencia

profesional. Mientras algunos se limitan a recitar lo aprendido, la Central me enseñó a integrar y cuestionar. Mi criterio no viene solo de los libros, sino de la audacia de preguntar “¿qué pasaría si...?” y de valorar las conversaciones profundas que emanan de la experiencia compartida.

Mirada de la construcción de red (la arquitectura de lo invisible): La academia me permitió entender que en el universo no existen elementos aislados. Absolutamente todo está conectado: las ideas con los sentimientos, el rigor técnico con el propósito de vida. Aprendí a ver a las personas no como individuos aislados, sino como nodos de una gran red en la que la huella que dejamos es el pegamento que une a la sociedad. Somos, en esencia, el resultado de las conexiones que nos atrevemos a tejer.

Mirada de la plataforma de crecimiento (la frontera de los retos): Estoy convencido de que solo creces cuando te enfrentas a desafíos que superan tus respuestas actuales. Mi historia en la universidad fue un campo de entrenamiento constante: llegué a una ciudad nueva, asumí la responsabilidad de un ejercicio laboral temprano para costear mis pasos y navegué la compleja transición académica de la Ingeniería Electrónica a la Ingeniería Industrial. Fue bajo esa presión como moví las fronteras de mi ser en los planos mental, emocional y físico, y descubrí que la Central no era solo un lugar de estudio, sino el escenario en el que aprendí a superar mis propios límites.

Mirada del catalizador de sueños (el legado de la resiliencia): Hoy, cuando entrevisto a un joven aspirante, no veo a un extraño: me veo a mí mismo sentado frente al futuro. Reconozco en esos aspirantes el alma de las familias que, como la mía, entregan sus ahorros y sus esperanzas para impulsar el destino de sus hijos. Pero he aprendido que el dinero no es suficiente; lo que realmente transforma la realidad es la solidez mental y la disciplina heredada de los padres. Mi éxito no es solo producto de una matrícula, sino de la resiliencia que aprendí en casa y que la universidad se encargó de potenciar para convertirme en un agente de cambio social y empresarial.

El relevo del agente de cambio

Hoy porto con orgullo el estandarte “centralista”. Estas paredes blancas fueron el lienzo en el que pinté mis primeras ambiciones y en el que la adversidad moldeó mi resiliencia. Ahora, desde la dirección, mi misión es devolverle a la universidad lo que ella me entregó con creces: ser un catalizador de movilidad social, humana y cognitiva.

A los jóvenes que hoy habitan estas aulas: no busquen solo un título; busquen una transformación. La Universidad Central no cumple años en sus edificios, sino en las vidas que logra encender. Que estos sesenta años sean el combustible para que ustedes, como yo, se conviertan en los agentes de cambio que nuestra sociedad tanto necesita.

¡Feliz aniversario, Universidad Central! Gracias por ser la casa donde aprendí que los sueños, con disciplina y amor, siempre encuentran su camino. ◯

